

Fin de ciclo

Testamentos literarios

DANUBIO TORRES FIERRO

T

TURNER NOEMA



Fin de ciclo

Fin de ciclo

Testamentos literarios

DANUBIO TORRES FIERRO

T
TURNER

Título:

Fin de ciclo. Testamentos literarios

© Danubio Torres Fierro, 2021

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL, 2021

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: septiembre de 2021

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Papers Barcelona n.º 19, Frederic Amat, 1991 © Colección particular

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 978-84-18428-80-7

DL: M-20303-2021

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

Presentación. La última vez 9

Primera parte. En la que se habla de figuras que crearon una obra en una inhóspita historia latinoamericana

I	Retrato de Silvina Ocampo con Bioy Casares y Borges al fondo	15
II	Guillermo Cabrera Infante: 'Sex ex machina'	27
III	Álvaro Mutis: el marinero ecuménico	35
IV	Felisberto Hernández: un precursor tranquilo	41
V	Julio Cortázar (1914-1984): triunfo y abdicación	47
VI	Juan Carlos Onetti: una visión premonitoria del Uruguay	53
VII	Octavio Paz: plural, y en 'Plural'	59
VIII	Joaquim Maria Machado de Assis: un baile de máscaras	79
IX	Ida Vitale: elogio de una fiel	85
X	Anecdotario de dos mujeres (y una más)	91
XI	Carlos Fuentes: visiones y subversiones	95
XII	Las religiones de Marie José Paz	117
XIII	Eduardo Galeano: tótem y tabú	121
XIV	Emir Rodríguez Monegal: el viajero frecuente	127
XV	Memoria(s) de Alejandro Rossi	131
XVI	'La ciudad y los perros': episodios de una novela ejemplar	137
XVII	Mario Benedetti: el escritor de las clases medias	143

XVIII	Tarsila do Amaral: “que negra è esta?”	149
XIX	Damián Bayón (1915-1995): el príncipe trashumante	153
XX	Los sesenta y el año 68 en la literatura hispanoamericana: una gran revolución	157
XXI	Los noventa: las pérdidas de una década ¿Otro, o el mismo, fin de ciclo?	163
XXII	José de la Colina: un artista del trapecio	171

**Segunda Parte. En la que se visitan escritores representativos
de una España siempre empecinada en la crispación**

XXIII	Josep Pla (1897-1981): el patriarca insumiso	175
XXIV	Luis Cernuda: el poeta revisitado	179
XXV	Jaime Gil de Biedma: solo a dos voces	187
XXVI	Carlos Barral: dos versiones de una misma ‘persona’	191
XXVII	Juan Goytisolo (1931-2017): patria atávica y patria afín	199
XXVIII	Jorge Semprún: una novela en forma de memoria	207
XXIX	Juan Marsé (1933-2020): a favor de ‘Últimas tardes con Teresa’	213

**Tercera Parte. En la que se rescatan escritores de ayer y de hoy que
ayudaron a comprender la diversidad del universo mundo**

XXX	Choderlos de Laclos: un contemporáneo inopinado	219
XXXI	Lionel Trilling: el (verdadero) intelectual liberal	225
XXXII	Thornton Wilder: un espíritu universal	233
XXXIII	Un caso célebre del siglo xx: Hemingway, Dos Passos y la guerra civil española	239
XXXIV	Cyril Connolly: el divino fracaso	249
XXXV	Ezra Pound: retrato del artista adolescente y ya joven	251
XXXVI	Elizabeth Bishop en México y en el Brasil	259

xxxvii	George Steiner: ¿el último europeo?	267
xxxviii	James Cain: el 'gangster' como héroe trágico norteamericano	275
xxxix	François Furet: dos (a)tributos	279
	Índice de referencias	289

PRESENTACIÓN
LA ÚLTIMA VEZ

The secret horror of the last is inseparable from a thinking being whose life is limited, and to whom death is dreadful. We always make a secret comparison between a part and the whole; the termination of any period of life remind us that life itself has likewise its termination; when we have done any thing for the last time, we involuntarily reflect that a part of the days allotted us is past, and that as more is past is less remaining.

SAMUEL JOHNSON

¿Cuándo hacemos algo por última vez? ¿Cuándo reconocemos que un periodo de nuestra vida se acabó? ¿En qué momento reparamos en que la parte y el todo marchan unidos, y que la culminación de una etapa de la vida lleva consigo la culminación de la propia vida? ¿Cuándo nos damos cuenta de que la vida que se nos asignó es ya pasado y que cuanto más es pasado menos permanece? Estas preguntas resuenan desde el origen de los tiempos, y si las traigo aquí de la mano del querido Samuel Johnson es porque ahora, en este espectral 2020, se han actualizado con urgencia perentoria. ¿Quién no ha sentido, en el suceder del calendario de este año, ese “*horror of the last*” que Johnson evoca?

Y las traigo aquí, a estas preguntas, por otro motivo menos ecuménico y vicario, más íntimo y personal. Me explico. Desde hace tiempo, desde antes de la pandemia, he entendido que son varios, y concatenados, los capítulos de mi trayectoria profesional y de mi transitar vital que se avecinan a una cancelación. Enumero primero sus estaciones de

carácter más circunstancial para pasar luego a las de fondo. Es notorio que, en el mundo de estos días, la crítica literaria y el análisis cultural pierden espacio y se evaporan, que los diarios y revistas en los que se difundían esos trabajos desaparecen o se reducen, que los libros se venden poco y se producen en forma de *e-books*. Una manera de honrar una vocación y una manera de ganarse el pan, tal como se las concebía hasta ahora, se extinguen. En ese tránsito se castiga, de paso, a los sectores instruidos de unas clases medias (tan decisivas en su papel de instigadoras y depositarias de las manifestaciones estéticas nacidas en la libertad que genera el caldo de cultivo de las democracias) que pierden así a sus intermediarios moralmente menos reprobables, más humanamente cercanos. Cabe recordar, en efecto, que la autoridad de la crítica literaria legítima depende más de la decencia y la sensibilidad del crítico que del acierto o el error de sus opiniones; y que tal crítica es una garantía de que las ideas y los pareceres en circulación se aireen a cara descubierta y con las puertas abiertas, sin aparecer agazapadas tras las máscaras de los hombres y las mujeres que inventan la ficción o las diversas narrativas. Amén de ser un entretenimiento encantador, leer es buscar –no debe olvidarse– una reforma de la propia persona. De más está añadir que el futuro del arte, sobre todo del arte de la escritura, tiembla ante tamañas modificaciones que se suman, veloces, a su infantilización por parte de los medios de comunicación masivos. *À quoi bon la littérature?* suspiraba el clásico frente a la *débâcle* –una más, sí, en la historia de las letras– que se le interponía. ¿Quién triunfará en esta nueva versión de la querrela entre antiguos y modernos que, con acento muy propio del siglo XXI, se dirime: la tradición de la ruptura o la ruptura con la tradición? Lo que vendrá, en todo caso, ya no será como se podía prever; además de provocar una pérdida, las transiciones fomentan un cambio.

Ya con acento más irreparable, la sucesión de nuestras estaciones vitales nos muestra cómo los amigos se van y uno se queda solo, sin su compañía, sin su ejemplo, sin su ayuda; restan el consuelo y, si ese es el caso, sus obras, pero ellas mismas están amenazadas con el destierro a los subsuelos. Y, para completar el círculo, para tocar “*the horror of the last*”, cuerpo y alma advierten, en este caso, ese cuerpo y esa

alma que constituyen las señas de identidad que se nombran Danubio Torres Fierro, figura dominante y continuada en estas páginas, que ni el empuje de la energía ni el sabor del entusiasmo arriman sus alientos saludables. Me consta que algunos compañeros de viaje padecen los mismos síntomas. ¿Será que el mundo, nuestro mundo, ha cruzado un Rubicón, y con él nosotros, o al menos ese grupo de nosotros para quienes clausura rima fatalmente con expiación? No sobrevaloremos con alarmas teatrales el presente, agigantando sus mandatos y agrandando sus fantasmas, susurraría el Doctor Johnson. Obedezcámoslo, pues; soseguémonos.

Nunca mejor sintetizadas las cosas, estas cosas que en el presente tanto nos agobian, que en el título y en el subtítulo elegidos para este libro: *Fin de ciclo* de un lado y *Testamentos literarios* de otro. Los textos que se reúnen aquí fueron escritos en unos tiempos que garantizaban confianza en la tarea que se ejercía y aseguraban al resultado una modesta aunque suficiente difusión. El tono y la andadura que los anima están muy distantes (salvo, se diría, los más recientes, ya contaminados por la proximidad del rastro del duelo, o de la nostalgia, que es otra expresión del duelo) de los quejidos actuales. Lejos estaba de prever quien con porfía y convicción los iba pergeñando que su destino último sería este acabamiento de tintes fúnebres que ahora permite leerlos como testimonios de una época, como una memoria personal que por ser compartida se convierte en memoria plural, y que, en el mismo impulso, los recubre con un aura melancólica que ojalá los favorezca al traer consigo un inesperado embrujo elegiaco.

Diciembre de 2020

PRIMERA PARTE

EN LA QUE SE HABLA DE FIGURAS
QUE CREARON UNA OBRA EN UNA INHÓSPITA
HISTORIA LATINOAMERICANA

I
RETRATO DE SILVINA OCAMPO
CON BIOY CASARES Y BORGES AL FONDO

A false fin de siècle decorum
snored over Buenos Aires
lost in the pampas
and run by the barracks.

ROBERT LOWELL

Conocí brevemente a Silvina Ocampo muy a comienzos de los setenta del pasado siglo. Era una época en la que cruzaba a menudo a Buenos Aires para escapar del clima venenoso de un Uruguay roto por el terrorismo tupamaro y la entrada a saco de las instituciones por parte de unos militares que reaccionaban ante una escalada guerrillera sorprendente. Era una época en la que podía asirse en el aire el proceso de degradación social y ciudadana que padecían las dos orillas del Río de la Plata. Era una época, para resumir, en la que la desventura aguardaba en las esquinas. Alma en pena, y alma ansiosa de novedad, iba yo a la capital porteña (gran metrópolis a pesar de todo, en la que uno podía refugiarse en el anonimato) para encontrarme con los muchachos de *Tiempo Contemporáneo* y de *Pasado y Presente*, y con Enrique Pezzoni, nerviosísimo y bienhumorado en las instalaciones como de factoría de la vieja Sudamericana, allá en el barrio San Telmo. Sin duda fue el propio Enrique quien me llevó a casa de Silvina, ese apartamento del cuarto piso de la calle Schiaffino al que años después, diez años después, dirigiría frecuentes miradas húmedas al pensar en ella, en Silvina, ya enferma, enclaustrada y disminuyéndose. Una única evocación de entonces sobrenada, invasora, en mi memoria: la de Silvina como una mujer de despliegues seductores, dispuesta a la conquista empática, de miradas y tonos insinuantes y, si así lo resolvía, de confianza leal

y expansiva. Una mujer que se imponía, invasora, al joven atribulado que era yo.

En abril de 1975, ya viviendo en México, viajé a Buenos Aires a juntar materiales para la revista *Plural*. Fueron fugaces días emocionados. Me reencontré con mi familia próxima (mi madre, mi hermana y mi novísimo sobrino) y contemplé –y este recuerdo trémulo es sobre todo remoto ahora– las luces de mi país entonces prohibido para mí desde los balcones de la costanera del sur. Y también llegó, dispuesto a ser feliz en una de sus patrias, acaso la que mejor le sentaba a su persona, mi querido Alejandro Rossi. Nuestras jornadas eran incansables. Visitamos, alentados por el entusiasmo común, el tesoro vivo de la literatura argentina. Hubo un encuentro, al que Alejandro consideró sagrado, y cuyos detalles yo renuncié a difundir durante años, con Borges y Pepe Bianco. Fuimos en tren, desde la estación de Retiro, hasta San Isidro, donde Victoria Ocampo nos aguardaba –en una tarde fiera de lluvia y de siluetas errantes– al mando de su máquina Renault. Estuvimos con Alberto Girri en su inevitable café Saint-James. Cenamos con Silvina y Bioy Casares en el comedor de su casa. Anduvimos con Pezzoni y Bianco por aquí y por allá para recalar, una y otra vez, en el Petit Paris, en uno de los recodos de la plaza San Martín y justo al lado del hotel en el que nos hospedábamos. Buenos Aires tenía, para Alejandro, unas resonancias interiores que le eran caras, y en fechas muy próximas las tendría también para mí; Buenos Aires es, más allá de los permanentes castigos que ha soportado, una cartografía literaria, y en esa ocasión nosotros la compartimos con quienes habían ayudado a configurarla en el tramo final del siglo. Al cabo de poco tiempo, y conmigo como testigo próximo, ese puñado de gente comenzaría, desventuradamente, a desaparecer. Queda la obra que nos legaron, sí. Pero sus personas, y con ellas el ejemplo humano encarnado, tan gravitante al menos para mí, ingresan en una espectralidad que atiza, como acto reactivo, una rabiosa tristeza. Comprobar que todo está condenado es demasiado comprobar.

Silvina y yo nos hicimos cómplices en ese viaje mío desde México. Ella demandaba, terca, cercanía y fidelidad, quizá ansiosa de hacerse con los susurros y los ecos de los secretos y las alianzas que merodeaban,

y yo estaba allí para satisfacerla. Llegaba a su casa, a la hora del té, y salía a recibirme a las puertas del ascensor: “¡Qué bufanda colorada tan linda tenés! Es apasionada como vos”. Las palabras le salían arrastrándose, cascadas, aupadas por respiros rítmicos y con un retumbo de burguesía remolona. Tenía setenta años pero conservaba unas piernas espléndidas, que se adelantaban imprudentes al andar y le aseguraban –junto al mentón atrevido allá arriba– un rango de adolescente venida repentinamente a más. Discurría una forma peculiar de ser dueña de sí misma. Era mujer que, nacida para central, aparecía de presencia recoleta, en papel sesgado, como si trabajara una versión voluntaria, y premeditada por tanto, del poder detrás del trono. Era una mujer que, según el consejo de un sabio, no olvidaba que *il faut toujours se réserver une arrière-boutique*. Esto de la trastienda propia se manifestaba, como no tardaría en averiguarlo, por lo menos en dos vertientes. Silvina, como escritora, era de hecho oblicua y, mejor aún, de efectos ambiguos, de digresiones que se desarrollan y que, luego de serpentear con imprevisible destino propio, rematan con derechura, y en pleno corazón, los nudos de unos asuntos imantados por la imaginación. Más que los puntos de partida –siempre directos en su ataque– o de llegada –siempre equívocos en sus soluciones– importan, en su cuña retórica, los tránsitos que se efectúan y los recorridos que se describen, unos y otros puestos a dibujar una cartografía que desemboca en un microcosmos cargado de elocuencia ambigua, peligrosa. Textos, los suyos, en los que la escritura prueba que tiene una maligna vida propia y en los que el esfuerzo por movilizar desde dentro las palabras enciende una errancia esquinada pero de intenciones dramáticas clarísimas; que allí, además y sobre todo, triunfe una magia copiosa, sin fin, con la que se crea un mundo extravagante y de paradojas, un mundo en el que se codean rareza y morbo, es algo que debe destacarse. Recuerdo ahora –y lo recuerdo porque en este contexto es pertinente hacerlo– que Silvina, cuando me llamaba por teléfono temprano en las mañanas, me decía a cada rato si yo me había dado cuenta de que “la realidad es lo único fantástico que nos queda”. Ella sabía de qué hablaba.

Y Silvina, como mujer de su medio social (y no, por cierto, como mujer a secas), un medio de clase alta ultramontana, un medio familiar de individualidades enérgicas –que, amalgamadas, sirvieron de inspiración a Bianco para la novela *La pérdida del reino*– y a la vez muy de clan, y por fin un medio cultural dominado por el empaque empeñoso de su hermana Victoria y el tutelaje admonitorio de Borges y Bioy, prefería situarse aparte, dar un paso al costado, colocarse en un lugar entre ella misma y cuanto la rodeaba. Su figura, y la irradiación de esa figura, fue decididamente privada y solo muy a medias pública; el verdadero reconocimiento le llegaría mucho más tarde, tan tarde como en la segunda década del *xxi* –*El dibujo del tiempo*, libro póstumo, y misceláneo, editado por Lumen en 2014, lo confirma–. Acaso de esa elección suya por ser una presencia más bien discreta de puertas afuera le venía la libertad que de ella dimanaba y que ejercía con tanta capacidad de plenitud. Parecía estar en desplazamiento permanente sin dejar de ser, permanentemente, ella misma. Espíritu travieso y burlón, en el que sobrevolaba la ironía, corrosivo hasta no dejar títere con cabeza, incluida la suya propia, era celosa de su persona y sus atributos, a los que mimaba sin exponerlos a una intemperie que debía conjeturar al acecho y quizá pernicioso para su integridad. Inteligente, orgullosa, astuta, provocadoramente femenina si se lo exigía la circunstancia, es probable que su aspiración más acusada fuera la de crear un centro singular de irrisación en el que convergieran su simpatía espontánea hacia algunos pocos amigos y su sensibilidad la-deada, tan de gatos encerrados, esa que en sus escritos junta la emoción y la crueldad, el absurdo y el delirio que incendia ese absurdo, lo extravagante y lo familiar. Ese centro de irrisación, al menos en su edad avanzada, lo articulaban su obra (o, con mayor latitud, su entrega a los asuntos que cultivan una sensibilidad) y por supuesto su persona; y, sin duda, y con preeminencia enfática, ese otro dominio, territorio colonizado palmo a palmo por ella, en el que siempre la encontré: su casa.

Silvina ya no salía. Si hablaba, por ejemplo, de los jacarandás en flor (una violencia carmesí en la pureza celeste del cielo de la ciudad), era porque su recuerdo los atesoraba y porque los divisaba desde sus

ventanas privilegiadas, abiertas a un ángulo de la plaza San Martín de Tours en la Recoleta. El apartamento, con altos accesos de mármol blanco en los bajos, tenía espacios generosos y techos altos. Su solidez, marca de una época de opulencia porteña, se empañaba por los reveses de una negligencia comprensible en dos personas mayores y atareadas en cuestiones inconsútiles. En todo caso, en los tramos finales de los setenta, cuando Buenos Aires (y la Argentina toda) se encanalló, y se volvió represora, allí, entre sus paredes, uno podía respirar y explayarse en el refugio de una circular atmósfera de protecciones: la de unos apellidos famosos, la de la holgura económica, la de unas afinidades compartidas. Dominaba, en ese conjunto, un talante neutral que hacía del piso una zona franca alérgica al contexto enemigo que aguardaba al apenas traspasar la puerta de calle. No había lujo, exposición de fortuna, gesto altanero. Las cosas se daban llanamente, como correspondía en una sociedad como la argentina, de hábitos en buena medida igualitarios. Las cenas se servían en el comedor, en una mesa grande peligrosamente inestable; consistían, siempre, en verduras cocidas y un pollo horneado. Con Silvina y Adolfo se hablaba de política poco o nada y si se hacía era no tanto para alarmarse sino para comprobar, en la estúpida sucesión de los hechos del día a día, la muy mala opinión que sobre ella en general se tenía. Nunca “comprometidos” según el modelo sartreano, lo que los habría asqueado, los Bioy pensaban y actuaban sin desarrollar vínculos explícitos de (falsa) solidaridad social; sospecho que su negativa a así hacerlo se originaba en un individualismo egoísta de raíz liberal que cumplía sus misiones (morales) en la ejecución de una obra habitada por la verdad artística y, quizá, en los resentimientos que provocara la experiencia peronista, la que comienza en los años cincuenta del siglo xx y que sembró una discordia rencorosa entre las clases sociales. Algo similar a la renuncia al boato y a la confianza en el Estado o en los partidos políticos hecha por los integrantes del grupo de Bloomsbury –y, en contrapartida, su apuesta por la dedicación al trabajo y su disciplina como forma de cultivar el talento propio sin olvidar añadir la convicción fuerte de que el mundo solo puede ser nombrado mediante la intervención estética–. Una circunstancia ayudaba a esa postura aséptica: los

vergonzosos avatares que, de uno en uno, condujeron sucesivamente al colapso del ideal republicano en el país argentino. Alguna vez, más tarde en el tiempo, Adolfo me confesaría, sin sombra de impudicia, que las cuestiones políticas eran, para él, “asuntos en los que se afanan los otros”; poco o nada recordaba él ya de su activismo antiperonista en la época de lo que se conoció como la Revolución Libertadora –un intento de restauración institucional que a duras penas logró sobrevivir algún tiempo–. No es casualidad, entonces, la reticencia blanca de un estilo narrativo que reniega de la denuncia plana del entorno: todo en Bioy apunta a la condición espectral para discernir las claves de un sistema de vida. Borges tiene una sentencia que es, en este recodo, muy útil como definición del escenario: “El presente era apenas un indefinido rumor”.

Y, sin embargo, gracias a una paradoja que nos es de sobra conocida, en los incidentes dramáticos de los libros de Silvina y Adolfo (como en los de Borges), aparece un dibujo social de la Argentina de colores vívidos y visión penetrante que se impone con cierta energía perentoria. Deletrear y celebrar la propia patria, hurgar en, y revelar los, rasgos del carácter nacional, pasear por las páginas de la topografía ciudadana, y por fin levantar una arqueología moral de la gramática mental, son allí otros tantos motivos recurrentes que forman parte de un propósito encaminado a mensurar una intrahistoria –y no, por cierto, una historia–. Ajeno por igual a los convencionalismos de la psicología y del realismo, tal propósito se cumple por los caminos indirectos, y más fecundos, de un histrionismo literario hecho de desplazamientos que se entrecruzan y se comentan y de fragmentaciones del espacio y del tiempo que acaban por proponer –como si de una reacción química se tratara– una visión crítica cercana del entorno y sus paisajes. Esa visión es la que, acaso porque nada a contracorriente de lo convencional, gana una resonancia de ondas expansivas en los abismos del inconsciente del lector. En el caso de Silvina, por ejemplo, la conciencia narrativa cumple una suerte de mandato evocativo y funda un espacio de representaciones en el que la subversión de la fantasía parte de lo muy real y concreto (una plaza, unos árboles, unos campos, unas calles) para transformarlo con una nueva luz. Hay más

en ella: al menos sus primeros títulos tienen el declarado propósito de enumerar (*Enumeración de la patria* es de 1942) un país que –en ese entonces– se añora en la distancia pero que, de manera más decisiva, se desea ayudar a nombrar:

Patria vacía y grande, indefinida
 Como un país lejano, interrumpida
 Por las llegadas lentas de los trenes
 La jubilosa espera en los andenes.

Aquí la literatura ejerce como forja de un mito, como sucede consecuentemente en el primer Borges e intermitentemente en la trayectoria última de Bioy. Silvina y Borges, por lo demás, al haberse criado en el francés y el inglés, se dedicarán a conquistar una lengua española que se les aparece como una nostalgia primordial de sus orígenes, y que en el autor de *Ficciones* alcanzara una pasmosa capacidad de generar riqueza expresiva. De ahí, entonces, que en un abundante tramo de la obra de los tres escritores se descubra un común aliento (en el doble sentido de la palabra: un soplo y una fuerza) que es y solo puede ser argentino y en el que la crasa ortodoxia nacionalista no ocupa deliberadamente un lugar central. Por algo, en 1943, sienten la necesidad de publicar la *Antología poética argentina*. Por algo, en una encuesta realizada a mediados de los años cincuenta por la Sociedad Argentina de Escritores, *El sueño de los héroes* figuró entre las novelas más “representativas” del país. Que el humor, vuelto parodia recatada o exasperada, recorra y señale con ironía sus textos debe entenderse, en este contexto que abomina de la mimesis, no solo como un efecto retórico sino como un instrumento capaz de poner tierra de por medio con el sentimentalismo con el que invariablemente se tropieza en estas cuestiones que tocan, digamos, el espíritu nacional. Silvina, Bioy y Borges matan el sentimentalismo pero dejan que sobreviva, pudoroso, el sentimiento. Existe, también en este aspecto, un dato llamativo. La Buenos Aires que asoma en sus páginas es una Buenos Aires mitad real y mitad imaginada, y la mayoría de las veces adquiere la coloración de un laberinto fantasmático; lo es, sin duda, y precisamente, en *El sueño*

de los héroes, libro que convierte las calles y los barrios de la ciudad en un espejo distorsionado, chirriante, de tintes grotescos, y en el que la realidad casi se destruye al ser negada y al devenir una simulación poblada de sombras aquí tenues y más allá robustas. Este ejercicio que en repetidas ocasiones hace de la literatura un sonambulismo ofrece como resultado lo que no hay más remedio que llamar unas utopías pesimistas, sin fondos aseguradores, que engendran extrañeza y alarma, sonrisa y desazón, sorpresa y reconocimiento –como ocurre con tanta capacidad persuasiva en *La invención de Morel*–. ¿Acaso el gran trasfondo de los textos que conforman la tan memorable *Antología de la literatura fantástica* no es, con apenas variantes, el de unas utopías pesimistas recurrentes que parecen ser la marca distintiva de un género literario que Silvina, Bioy y Borges apadrinaron en fecha tan temprana como el año 1940?

Un tono festivo, de visos risueños y mundanos, acordonado por la ironía, era el que permeaba la casa de los Bioy. Camaradería, sobreentendidos, revuelos de miradas y frases cargadas de intención creaban un clima de inteligencias alertas y alborotadas. Esa andadura se hacía aún más notable al repararse –con la sorpresa de un repentino relámpago– en la edad ya avanzada de las personas protagónicas. La vitalidad incansable de Silvina era un imán. No cejaba, al menos en su trato conmigo, en su papel de pertinaz distribuidora de felicidad. Y, en congruencia con esa vocación, la legislación que se entresaca de sus textos querría hacer del universo mundo un lugar que, sin perder su misteriosa índole extravagante, se redimiera más a sí mismo. Silvina, alma noble puesta a soñar con los ojos abiertos, se escandaliza ante los horrores y los humores diversos. Su reacción, ante esas desmesuras excéntricas, es instaurar un activo sistema de desnaturalizaciones que convierte –vara mágica– en materia ambigua a cuanto toca. Quizá el desasosiego maligno que estremece al leerla, y que tanto la sitúa en un rincón marginal de las letras argentinas, es la contracara de su voluntad de denunciar, y acaso reconciliar, a los contrarios: lo bello y lo feo, la desgracia y la fortuna, lo común y lo singular, y sobre todo la inocencia y la perversión. ¿No abundan, en sus poemas y en sus cuentos, el juego de los dobles, las oposiciones, el oxímoron? “Infiel

espejo”, reza un verso de su primer libro. Más: el título de una novela que Silvina y Adolfo escribieron a cuatro manos reza, explícitamente, *Los que aman, odian*, y en ella la pesquisa de una verdad oculta culmina en una iluminación ciega.

Desde que, en 1984, proveniente de México, me instalé en Buenos Aires, y hasta el momento de su reclusión definitiva a consecuencia de una enfermedad, Silvina fue mi despertador matutino. Casi todos los días, a las ocho y media, más o menos, el teléfono repicaba en mi casa. Era ella: “¿Ya leíste lo que publicó la escritora *esa* en *La Nación*?”. La frase era un tiro por elevación dirigido a Adolfo y a sus malandanzas femeninas. No había resentimiento ni reproche en la voz: había un dejo de escarnio. Cuarenta años de matrimonio implicaban una victoria sobre adversidades y adversarias. Existía una complicidad inmune a todo revés y, por parte de ella, estoy seguro, una tenacidad que no quitaba el dedo del renglón –y, recuérdese, en muchas de sus páginas, Adolfo reconoce la voluntad inquebrantable que caracteriza a las mujeres–. Las fotografías que se conocen de Silvina y Adolfo los muestran en Buenos Aires, en Nueva York, en París, en el campo, en Mar del Plata, y transmiten cercanía mutua y compromiso recíproco. El telón de fondo y las vestimentas colaboran a tal impresión: unas seguridades burguesas resistentes y aplomadas. Lo bueno es que lo burgués es, allí, mera escenografía protectora. Las normas y las reglas de la *upper class* argentina –tan estirada y santurróna– nunca fueron, para ellos, más que burbujas de *champagne*. Victoria, hermana rutilante, fue una ilustración notable de ello y quizá hasta ayudó a inaugurar una liberalidad de costumbres entre sus congéneres de clase que no tardaría en hacer escuela. No conozco detalles íntimos de Silvina. No dudo, sin embargo, de que debió servirse en abundancia de su radiante capacidad de seducción. Es más: creo que uno de los triunfos que de verdad le interesaba era el de provocar la rendición amorosa, en cualquiera de sus variantes, de cuantos la frecuentaban. Ella, insisto, se situaba en la vida –comedia de equívocos, comedia ambigua– en un lugar de acrobacias envolventes. Tenía *ángel* y sabía estar cerca de uno y ser, a la vez, lejana e íntegra. Su trastienda propia la preservaba. El narrador de sus cuentos discurre de ese mismo modo. Es una voz que,

hecha de intermitencias, se acerca y se aleja, va y viene: una modulación que, alternativamente, nos ofrece garantías de certidumbres y de desconciertos y que serpentea, grávida, por el filo de una navaja.

Conocemos de sobra las vueltas de la historia. Hacia mediados de los ochenta la Argentina accedía, por fin, a su restauración democrática y daba alas a una esperanza postergada. Pero la desgracia nos cercó: murió Pepe Bianco, murió Enrique Pezzoni y, poco después, murió Alberto Girri. También llegó un día en que Silvina dejó de llamarme. Me enteré, por Adolfito, de que había entrado en un proceso irreversible de decadencia. Ya no la volvería a ver. Con Adolfito compartimos nuestros almuerzos, de ahí en más, en La Biela, a pocos metros de donde ella estaba recluida. Mi barrio de trabajo era el de los Bioy y yo lo recorría diariamente. Y, en muchas ocasiones, desde la plaza San Martín de Tours, elevé la mirada y contemplé los ventanales del departamento de la calle Schiaffino. Pensaba en Silvina. La revivía en sus evoluciones veloces, con sus verdes lentes oscuros, el cabello que daba sobre los hombros, las piernas impecables adelantándose, el mentón de ademán atrevido. Hasta imaginé, en cierta ocasión, su muerte y sus funerales –y no logré encontrar allí mi lugar–. Ahora caigo en la cuenta de que se trató, en buena medida, de la petición de un deseo: me resistía a ser testigo de tales fatalidades. Supe de su muerte en México. Desde ese momento, y hasta ahora, no he dejado de extrañarla. ¿Cómo no hacerlo si cada persona que se nos va se lleva consigo una parte de nosotros? ¿Quién acepta convertirse en un mutilado? Vuelvo a algo que dije al principio: nos quedan los libros de Silvina, de los que somos en silencio sus secretos dueños, pero su ejemplo humano, tan tocado por la gracia, es una pérdida a la que yo no me resigno. Consolémonos, ahora, con unos versos suyos que nos la devuelven intacta y misteriosa:

¿Por qué fui lo que fui? Fui lo que soy,
lo que no me acostumbro a ser ni hoy,
lo que el amor me llevó siempre a amar
bien involuntariamente a odiar
como si en mi conciencia hubiera un león

un santo agazapado en la ilusión.
¿Solo la imagen sola será cierta
y el resto una ilusión tras una puerta
cerrada que jamás llegará a abrirse
aunque el cuerpo pudiera redimirse?
¿Solo la imagen permanece y vuela
como la llama que ilumina y vela?